

verán á la vida de los justos y á la esperanza de los buenos cristianos? No podrán, porque el enemigo de nuestras almas, el que procura por todos medios su condenacion, no abandona su presa con facilidad; y el hombre solo difícilmente le vence.

Recibid pues el aviso de un ministro del Señor. Á los cánticos de honor en obsequio de la mas perfecta de las criaturas posibles, unid la práctica de aquellas acciones, que se acerquen á sus virtudes inimitables, y rogádle que os conserve siempre las buenas intenciones de ser sus buenos discípulos, y sin duda os escuchará. Si alguna vez os veis afligidos, venid, como ella vino al templo para purificaros; mostrad obediencia á las leyes de Dios y devocion á los actos religiosos, y entónces, hincando la rodilla, podréis decir: Madre de Dios, protectora de la humanidad; tú, á cuyo influjo se abren las doradas puertas de la mansion de los justos, y cuya bondad llena de gozo el corazon del Eterno, acoge el ruego de un miserable pecador; busca camino, por donde mi alma ciega marche siempre en direccion recta, y consigue en mi favor, que por los méritos que tuvieron á los ojos de Dios tu obediencia y devocion en el acto de la purificacion, yo pueda ser justo en esta vida y premiado en la otra con la gloria, que os deseo á todos. Amen.

## SERMON

DE LA

### ASUNCION DE MARÍA SANTÍSIMA.

(DE SÁNCHEZ SOBRINO.)

*Veni, coronaberis.*

Ven, y serás coronada.

*Cantares, c. 4. v. 8.*

Qué consuelo, Iglesia santa! ; qué dulce confianza no deben inspirarte estas palabras dirigidas á la madre del casto Amor en el momento de su asuncion al trono de su gloria! momento feliz, destinado por Dios para ensalzar las humillaciones de su madre, y coronar sus heroicas virtudes. Ó muerte de María! qué preciosa fuiste á los ojos del Señor! Ni tu cercanía causó en ella temor, ni dolor tu presencia. Tú enjugaste sus lágrimas, anunciaste su triunfo, colmaste sus deseos, haciéndola elevarse sobre un trono de gloria, donde reinará eternamente.

No juzguéis pues, señores, de la muerte de María por la de los demas mortales. De éstos el mas intrépido se turba en aquella hora, segun la expresion del Espíritu santo. La memoria de lo pasado, el dolor de lo presente y el temor de lo futuro, todo le atormenta y le sirve de suplicio. El mundo que huye, el sepulcro que le espera, la eternidad que se acerca, la conciencia que le acusa, y la idea de un Dios justo, en cuyas manos va á caer, ; no son otros tantos motivos de afliccion para el moribundo?

Mas nada de esto sucede en orden á María: exenta de la culpa original y libre de toda culpa actual, su muerte fué un

dulce sueño : rinde su espíritu á esfuerzos de su ardiente caridad. El Criador, que la habia privilegiado en vida con dones tan singulares, quiso privilegiarla en su muerte, llamándola para ser coronada : *Veni, coronaberis*. Goza desde luego delicias inefables, y su santo cuerpo, como piadosamente se cree, es elevado del sepulcro sin disminucion ninguna, y conducido en triunfo al cielo, donde goza en cuerpo y alma de una gloria correspondiente á sus heroicas virtudes y á su eminente dignidad de madre de Dios. Consideremos pues, y sirva de materia para un breve discurso, las prerogativas de su muerte y las de su gloria. Pidamos la asistencia del Espíritu santo por la poderosa intercesion de su augusta Esposa, saludándola con el ángel. *Ave Maria*.

No son los que aspiran á la perfeccion, sino los que ya la han obtenido, dice san Agustin, los que gustan la dulzura en las cercanías de la muerte. El varon perfecto, añade, gime continuamente en este valle de lágrimas : la dilacion de llegar á la patria por que suspira, le sirve de gran pena. Desea por instantes ser desatado de los vínculos que le detienen, para estar y reinar con Cristo, como se explica el Apóstol. Mas en el momento de su muerte gustará este justo perfecto inexplicables delicias y dulzuras, y morirá en trasportes de alegría : *Qui perfectus est, delectabiliter moritur*.

Con arreglo á estos principios, debemos juzgar, señores, del tránsito de María. Superior en perfeccion á todos los justos, y solo inferior á Dios, muere entre los mas dulces trasportes de amor y de alegría. Sumisa á las disposiciones del Altísimo, que la habia dejado sobre la tierra despues de la ascension de Jesucristo, dirigia al cielo sus mas ardientes votos, clamando con el Profeta : *¡qué amables son tus tabernáculos, Señor de las virtudes! mi alma desfallece por tus atrios* (1). Ó Salvador del mundo! ¡cuánto se prolonga mi morada en este valle de lágrimas! Vos sois mi Hijo y mi Dios; yo vuestra sierva y vuestra madre : ¿por qué estoy separada tanto tiempo de vos?

Un alma tan pura, animada de tan ardiente caridad, y que se lanza con tanta vivacidad hácia su centro, que es Dios, ¿sentí-

(1) *Psalm. 83. v. 2. et 3.*

ria alguna amargura al considerar próxima su muerte? Ah! su cercano tránsito la llena de dulzura y de inefable alegría. Contempla, dice un sabio, la gloria que le está preparada, y fija su vista en los montes eternos, juzga gozar ya de su Amado por anticipacion. Oye gozosa la voz del Esposo, que la llama para coronarla; y á la violencia del amor divino, se separa el alma de su cuerpo. Los dias de su destierro son pasados, y el momento de su triunfo y de su gloria es venido. Del desierto de este mundo sale colmada de delicias, apoyada sobre su Amado, elevada por los ángeles, y colocada sobre un eminente trono de gloria. ¿Gozaréis vosotros, señores, de semejantes delicias, al acercarse vuestra muerte? ¿Tendréis la dulce confianza del justo en estos terribles momentos? Acercáos al lecho de un moribundo. No hablo precisamente de aquel hombre de iniquidad, que despues de haber cometido tantas impiedades á sangre fria, da por medio de su turbacion un homenaje público á la Religion que ha profanado. Ni hablo solamente de aquellos mundanos, que fijos de por vida en lo terreno, están en aquella hora poseídos de un temor horrible, considerando los cortos momentos que les quedan para ordenar sus negocios domésticos, reparar sus contratos usurarios, examinar su conducta escandalosa, recibir los santos sacramentos, y expiar tantos años criminales, ántes de caer en las manos de Dios vivo y juez inexorable : hablo tambien de un justo moribundo. Yo le veo temblar en las cercanías de la muerte; no porque desciende al sepulcro, sino porque teme el juicio del Señor, que halla manchas hasta en sus mismos ángeles. Los Hilariones y Gerónimos deseaban morir por gozar de Dios; pero temian el juicio del soberano juez.

Estaba, señores, reservado á María el singular privilegio de gozar en esta hora seguridad, gozo y trasportes de alegría, en premio de su heroico desprendimiento del mundo y de su eminente santidad. Los placeres, las riquezas, los honores, los centros y demas ideas seductoras del mundo no habian tenido entrada en su alma, ni podido calmar sus ardientes deseos de salir de este valle de lágrimas, para unirse á su Amado, que llenaba todo su corazon. La muerte sola podia servir de término á sus ardientes suspiros por la posesion del soberano Bien. Mas en este momento, ¡qué dulces raptos de alegría! ¡qué ardor de caridad no inunda su alma al oír la voz de su Hijo que la

llama! Solo María es capaz de referir las maravillas que obró Dios en el precioso tránsito y dulce sueño de la separacion de su alma y cuerpo. Nosotros solo podemos decir, que así como su alma, en las cercanías de su separacion del cuerpo, gozó por anticipacion de las delicias del cielo, así tambien su cuerpo, despues de la muerte, goza por anticipacion del privilegio de glorioso.

El sepulcro de la raíz de Jesé debia ser glorioso segun el vaticinio de Isaías, que quiso denotar la resurreccion de Jesucristo. El Rey profeta conoció asimismo, que el Mesías, el Santo de los santos no padecería disminucion ni corrupcion alguna en el sepulcro. De aquí infieren los Padres de la Iglesia, que el Señor se dignó hacer tambien glorioso el sepulcro de su madre, elevándola en alma y cuerpo al seno de su gloria. Así lo creemos piadosamente con la Iglesia. Es verdad, dice san Agustín, que la Escritura nada nos refiere sobre la materia; pero como la Iglesia celebra y reverencia esta Asuncion gloriosa, es necesario inquirir una razon sana y libre de preocupacion, que nos induzca á adoptar la verdad: *Divina Scriptura nihil commemorat, inquirendum est ratione, quod conveniat veritati.* Y si preguntáis á este santo Doctor, qué razon es esta? os responde inmediatamente, que el origen de esta incorrupcion y asuncion gloriosa de María consiste en que su carne es la de Jesucristo: *Caro Jesu caro Marice.*

¿Qué principio tan fecundo de reflexiones convincentes sobre la materia! ¿qué irrefragable argumento de esta singular prerogativa de María! Qué ¿sería presa de gusanos aquella carne sacrosanta, que habia suministrado la del mismo Jesucristo incorruptible? La carne de María, siendo una misma con la de su Hijo, ¿estaría largo tiempo sujeta á los horrores del sepulcro? Dios que la preservó de toda culpa, que la hizo madre virgen, ¿no quiso al fin exaltarla con brazo omnipotente? El divino Salomón ¿no ha colocado á su diestra á la Reina del cielo? ah! no busquéis en el sepulcro, dice el Damasceno, á la que ha sido conducida en triunfo á los eternos tabernáculos: los ángeles han llevado al cielo este sagrado cuerpo, dejando en el sepulcro solamente el sudario. Convenia, dice san Buenaventura, que esta Arca sacratísima de Dios vivo fuese exenta de las humillaciones y consecuencias de la muerte, y que elevada sobre los montes eternos, gozase por anticipacion una

completa gloria correspondiente á su incomparable dignidad y á su santidad eminente.

Este privilegio de María no es, señores, una pura invencion de falsos devotos y de fieles poco ilustrados, como pretenden ciertos críticos temerarios: es una piadosa creencia de la Iglesia, y el sentir de sus mas grandes doctores. Veo los sepulcros de los siervos de Dios, dice el Crisóstomo, mas brillantes que los palacios de los emperadores: veo que sus huesos, por la virtud del Omnipotente, renuevan las milagrosas curaciones que hacian los Apóstoles: véolos adornados de trofeos, erigidos á la santidad de sus héroes: veo á los soberanos de la tierra implorar su proteccion postrados en su presencia. ¿Supondré con temeridad que el sepulcro de María es un lugar de humillacion, y que su santo cuerpo ha sido entregado á todos los horrores de la muerte? Ah! léjos de aquí, ideas insensatas.

Mi piedad, señores, me hace creer piadosamente con la Iglesia, que este sagrado cuerpo, de cuya sangre fué formado el de Jesucristo, fué conducido al cielo por los ángeles. Privilegio singular; pero apoyado en los monumentos eclesiásticos. En vano pretenden algunos críticos morosos, que el sepulcro de María, igualmente que el de Moises, es un misterio oculto á los mortales, ignorado hasta el presente. Si hubieran registrado los anales de la Iglesia, hallarian que el emperador Marciano y Pulcheria vieron y visitaron en Gethsemaní este lugar santo; hallarian habérselo mostrado Juvenal, obispo de Jerusalem; hallarian haberles testificado, que este sagrado cuerpo habia sido allí depositado; pero que no siendo digna la tierra de poseer y conservar tan gran tesoro, los ángeles lo habian conducido en triunfo al cielo: hallarian que la piedad de estos emperadores habia construído allí mismo un templo magnífico, que sirviese de eterno monumento, erigido á la gloria anticipada de este santo cuerpo. ¿Cómo han podido ignorar unos hechos testificados sin oposicion por el espacio de quince siglos?

Por otra parte, aun cuando quisiéramos decir que el sepulcro de María estuvo en Éfeso, apoyados en una epístola del Concilio general, celebrado allí contra Nestorio, ¿sería por esta razon ménos glorioso, dice un sabio? ¿ó deberá hacernos mas fuerza la asercion de algunos críticos, que la constante tradicion de tantos siglos? Cedamos pues con sumision á la autoridad de los Padres que testifican esta gloriosa Asuncion, y á la

piedad de la Iglesia que la reverencia y la publica. La razon en que san Agustin se apoya, es incontestable. Si la carne de Jesucristo es la de María, ¿quién osará negarle esta prerogativa? ¿No ha sido ella participante de las humillaciones y dolores de Jesucristo en el Calvario? ¿por qué no participará de su consolacion, con arreglo al principio de san Pablo? Si el sepulcro de Jesucristo ha sido glorioso, conforme al vaticinio de un profeta, ¿por qué no lo será proporcionalmente el de María, su verdadera madre?

Pero qué digo? Apoyados en la piadosa creencia de la Iglesia, ¿quién no ve á la naturaleza elevarse sobre sí misma para seguir nuevas leyes, renunciando las comunes? ¿Quién no ve á este animado promontorio de resplandor penetrar y dilatarse sobre las mas altas esferas? ¿Quién no ve á María elevada sobre las alas de los vientos penetrar los cielos? ¿Quién no oye la voz del Padre eterno que le dice: ven, hija mia, paloma mia, mi muy amada, mi única, mi escogida, ven á ser coronada? ¿Quién no oye al Hijo decirle: ven, madre mia, que con tanta verdad me engendraste en la plenitud del tiempo, como mi Padre celestial me engendra en el esplendor de los santos? ven, inseparable compañera en mis aflicciones, ven á ser coronada. ¿Quién no oye al Espíritu santo, que le dice: ven, Esposa mia muy amada, relicario de las virtudes, tabernáculo de Dios altísimo, ven á recibir la corona? Alzad las puertas, príncipes de la gloria, y entrará vuestra Reina: entonad dulces cánticos é himnos de alegría para celebrar este triunfo. Regocijate, milicia celestial, á presencia de tan nuevo suceso; y temblad vosotros, príncipes de las tinieblas, estremecéos, gigantes del abismo, porque ha subido á poseer su trono aquella mujer verdaderamente fuerte, que debia quebrantar vuestra cabeza. Inteligencias sublimes! dad gloria á Dios en las alturas, y confesad abiertamente, que solo á él se debe el honor, la gloria, la virtud y la accion de gracias por el solemne triunfo de vuestra Reina, que no solo ha obtenido privilegios singulares sobre la tierra, sino tambien en el cielo. Segunda reflexion del discurso, que paso á exponer con brevedad.

*En la casa de mi Padre, dice Jesucristo, hay muchas mansiones* (1). Las piedras preciosas del edificio eterno de la celes-

(1) *Joann. c. 14. v. 2.*

tial Jerusalem están colocadas en su orden por la sabiduría del supremo Artífice: la medida de las recompensas es proporcionada á la extension de los méritos. Así aunque todos los justos están como embriagados entre torrentes de gozo y alegría viendo á Dios como es en sí, aunque son otros tantos astros resplandecientes por la luz que el Señor les comunica, difieren no obstante en la claridad, á imitacion de las estrellas, segun la comparacion de san Pablo. De aquí se sigue por una consecuencia legitima, que en el cielo, no ménos que en la tierra, hay grados diferentes y distintas jerarquías. Con arreglo á estos principios, consideremos en María el eminente grado que en el cielo obtiene, y el crédito que goza en la presencia de Dios.

No es mi ánimo, señores, osar temerariamente descubrir el fondo inefable de felicidad que goza María en el cielo. No pretendo ser curioso investigador de la Majestad, temeroso de ser oprimido por su gloria. Sin profundizar pues el misterio de esta exaltacion, me contento con decir, que en virtud de este solemne triunfo fué María elevada sobre todo lo que no es Dios. Hé aquí el sentir de los Ambrosios. Gerónimos, Agustinos, Bernardos, Anselmos, para omitir otros muchos, que hablando de la asuncion de María, admiran tan singular prerogativa.

Para poner á buena luz esta verdad, no son necesarias, dice un sabio, descripciones pomposas que lisonjeen nuestros sentidos. Bastará reflexionar con estos Padres, que habiendo sido María la criatura mas privilegiada, la mas humilde, la mas fervorosa y de mas alta dignidad sobre la tierra, era consiguiente su exaltacion en el cielo sobre todo lo que no es Dios. Ser madre y vírgen juntamente, hé aquí, dice san Bernardo, un privilegio singular, concedido únicamente á María, y que ninguna otra criatura obtendrá jamas. El grado pues de su gloria, el esplendor de su triunfo debe ser correspondiente á su altísima dignidad. Apoyados en este principio los mas santos Doctores, forman de solo María una jerarquía singular entre Dios y los santos. Considéranla colocada sobre un trono á los piés de Jesucristo, donde todos los que gozan de la eterna inmortalidad, admiran con respeto la inefable grandeza de la verdadera madre del Unigénito de Dios.

Mas para qué me detengo y os molesto? ¿No la saluda la Iglesia como á Reina del cielo? ¿No la invoca como á Reina de los ángeles, de los patriarcas, de los profetas, de los apóstoles,

de los mártires, y para decirlo de una vez, no la proclama Reina de todos los santos? ¿Qué quiere decir esto, sino que solo es inferior á Dios? La plenitud de gracia que recibió sobre la tierra, ¿no es un irrefragable testimonio de la plenitud de gloria que obtuvo en el cielo? Á las demas criaturas, dice san Gerónimo, se les ha dado con medida; no así á María, que recibió la plenitud: *Ave Maria, gratia plena.*

Ademas esta plenitud de gloria ¿no era correspondiente á su profunda humildad? ¿No será mayor en el reino de los cielos, segun el Evangelio (1), el que hubiere sido mas humilde sobre la tierra? y quién ha sido mas humilde que María? ¿Á cuál de sus escogidos ha hecho el Señor pasar sobre la tierra por pruebas de mayor humillacion que á María? ¿Cuál de ellos las ha tolerado con igual fidelidad? Aún cuando no tuviésemos otro monumento de su humildad, que el cántico que entonó ella misma en casa de su prima Isabel, denominándose esclava del Señor la que él habia elegido por madre, ¿no bastaria para probar que fué la mas humilde de todas las criaturas? ¿Qué se sigue de aquí, sino que fué la mas elevada? San Juan en su Apocalipsis nos la representa bajo los símbolos mas brillantes. Vió abrirse el templo de Dios, y apareció una mujer revestida del sol; la luna estaba á sus piés, y por corona tenia doce estrellas. Sin embarazarnos por ahora en las sábias interpretaciones de los comentadores, ¿no podremos, dice un sabio, mirar con la Iglesia esta pomposa descripcion como una imágen natural de la gloria de María en el cielo, y del lugar distinguido en que Dios la ha colocado por su humildad profunda, por la plenitud de gracia con que fué dotada, y por la incomparable dignidad á que fué elevada?

¿Qué ideas de tanto consuelo, miserables hijos de Adán! María exaltada á la diestra del divino Salomon y Rey de la gloria, ¡qué poderosa medianera! ¿Qué no podrá obtener á beneficio de sus hijos una madre tan tierna, tan poderosa, tan benéfica? Ella, segun los Padres, es la puerta del cielo, el árbol de la vida, redentora con el Redentor, víctima con el Cordero sin mancha, y torre fortísima de David, de donde están pendientes mil escudos inexpugnables, para que podamos prevalecer contra todos nuestros enemigos visibles é invisibles.

(1) *Matth. c. 18. v. 4.*

Tenemos, es verdad, tenemos, dice san Juan (1), un abogado permanente para con el Padre, que es Jesucristo justo, que intercede continuamente por nosotros, y que siempre es oído por la reverencia que le es debida. Mas esto, señores, no impide la alta proteccion de María, tanto mas eficaz, cuanto mas próxima á Dios. Jesucristo es abogado; pero sin dejar de ser juez y Dios ofendido. María asimismo, por un efecto de su exaltacion á la diestra del Esposo, es abogada; pero de distinto modo. Jesucristo es Abogado de *propiciacion*, porque es la hostia pacífica é inmolada que satisfizo por nuestros pecados: María es Abogada de *intercesion*, que atrae sobre nosotros innumerables beneficios, no sacados de su propio fondo, sino alcanzados por sus ruegos del infinito é inagotable mérito de la pasion y muerte de su Hijo, origen y principio de todo bien. ¿Qué no podrá pues obtener á beneficio nuestro?

No diré yo, señores, no diré por un exceso de piedad y falsa devocion, que tiene María autoridad para salvar las almas, que por un justo é irrevocable juicio ha condenado su Unigénito. Esto en lugar de elogio, seria una atroz injuria contra Jesucristo y contra María. Pero diré con la Iglesia, que ella ha exterminado todas las herejías; diré que ha trastornado las aras de los ídolos y los templos del gentilismo, haciendo cesar en sus altares la efusion de sangre humana; diré que puede mejor que Moises contener las venganzas del Señor contra un pueblo infiel; diré que su poderosa intercesion debe inspirarnos mas confianza que las oraciones de Onías y Jeremías á Júdas Macabeo; diré con toda la Iglesia, que Jesucristo en el seno de su gloria reconoce á María por su madre, y que inclinado á las súplicas de tan augusta medianera, derrama sobre su pueblo innumerables beneficios: diré en fin con san Bernardo, que esta singular protectora está colocada entre Cristo y su Iglesia, y que es el canal por donde descenden á ella todas las gracias.

Agregad á esto, que es igualmente benéfica que poderosa. La Iglesia en efecto la saluda como á Madre de misericordia y Virgen clementísima. Los templos consagrados á Dios en honor de esta gran reina, ¿no son, como el Arca del testamento en casa de Obededon, una fuente inagotable de bienes espirituales y temporales para todos los que debidamente la invocan?

(1) *I. Joann. c. 2. v. 1.*

Recorred los anales de las diferentes naciones que se glorían de estar bajo la tutela de María, y hallaréis los mas preciosos monumentos de gratitud por los beneficios recibidos.

¡Que no pueda, señores, detenerme á presentaros aquí los ilustres trofeos que penden en nuestros templos, como eternos monumentos de la beneficencia de María! ¿Qué reino, qué provincia de las de este vasto imperio no ha experimentado el carácter benéfico de María? ¿Qué cuerpo, ya eclesiástico, ya militar, ya civil, ya literario, no ha recibido beneficios de María? Y contrayéndome á vosotros mismos, ¿cuántas veces no habéis sido socorridos en vuestras necesidades espirituales y temporales por la benéfica intercesion de María? ¿Quién no ha sido testigo de su proteccion en las urgentes necesidades de hambre, peste y guerras? ¿Cuántas veces no hubiera peligrado vuestra vida y vuestra suerte eterna sin el socorro de María? ¿Cuántas no habéis sido por su mediacion prevenidos con bendiciones de suavidad y de dulzura, que os han preservado de caer en el abismo de la culpa? ¿Quién hay, para decirlo de una vez, que no haya experimentado el calor de su misericordia?

Consuélate, Esposa del Cordero, Iglesia santa! deja los vestidos de luto y adórnate con los de alegría. Tu reina poderosa, tu madre, benéfica y llena de misericordia, habita ya en cuerpo y alma en las alturas. Ya ha triunfado de la muerte, y ocupa un trono de majestad y de gloria, solo inferior al de Dios. Su altísima dignidad y sus heroicas virtudes la han elevado á esta grandeza. Colocada entre vosotros, cristianos, y Jesucristo, es vuestra poderosa abogada: pedidle pues, y recibiréis. El divino Salomon no rehusará las peticiones de esta madre tan amada y tan llena de piedad.

¿Qué resta pues, señores, sino que vosotros, como fieles hijos de la Iglesia y verdaderos devotos de María, avivéis vuestra fe y alentéis vuestra confianza, para pedirle la exaltacion de vuestra comun madre, la paz y concordia entre los reyes y príncipes cristianos, la exterminacion de los errores, la conversion de los pecadores á saludable penitencia, y finalmente que el nombre de Jesucristo sea universal y dignamente alabado en los cielos y en la tierra? Amen.

## SERMON

DE LA

### ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA.

(DE GONZÁLEZ.)

*Maria optimam partem elegit, quæ non auferetur ab ea.*  
María eligió la mejor parte, que no se le quitará.

*S. Lucas, c. 10. v. 42.*

Nadie sino el inconsecuente deísta puede resistirse á creer, que la providencia de un Dios bueno y sabio por esencia cuida de conducir al hombre al goce de la bienaventuranza por medio del ejercicio de su libertad. El cristiano, el hombre, al mismo tiempo que palpa el absoluto dominio que ejerce sobre sí mismo, está íntimamente convencido de que todas las cosas criadas, sin excluir su propio albedrío, están en manos de un Dios, omnipotente, criador y gobernador universal, que suave, pero irresistiblemente, las mueve conforme á su voluntad. Sabe que no ha sido criado para disfrutar los bienes del cuerpo, puesto que el bruto los goza mas completamente y con menos sobresalto; ni para la vana satisfaccion de dominar á sus semejantes, porque la naturaleza ha establecido entre todos una perfecta igualdad, y la servidumbre introducida por el pecado no es menos molesta á los superiores que á los súbditos; ni para vivir siempre sobre la tierra, idea que contradice la experiencia. Sabe que el Señor le crió para compañero de su gloria; para vivir eternamente, pero en un mundo mas dichoso, una vida mas apetecible; una vida exenta del dolor, libre del trabajo y